

Varia

¿Dasein o Castillo interior? Diálogo entre Teresa de Jesús, Edith Stein y Martin Heidegger.

El Centro de Estudios Interdisciplinarios en Edith Stein realizó una lectura compartida de *Ser finito y ser eterno*¹ de Edith Stein, entre 2018 y 2020, aproximándose así a las temáticas de la obra: el ser y su sentido; temporalidad, finitud y eternidad; la materia y los seres vivos; la imagen trinitaria en la creación; el alma, la fuerza vital y el amor; el mal; la vida del espíritu, libre y abierto; la peculiaridad de la persona perteneciente a la humanidad y al Cuerpo místico de Cristo; el castillo interior y la filosofía existencial.

Este diálogo es una resonancia de dicho estudio académico, ofrecido al lector/a como tiempo para imaginar que motive la propia reflexión y lectura.

- - -

A mediados de 1933. Por la mañana, temprano, el campo en la Selva Negra comienza a entibiarse. Sobre una colina, en una pequeña cabaña de madera, de unos seis por siete metros, Heidegger contempla por una ventana y escribe. Entre el cálido vapor de su bebida y el empañado vidrio, divisa a lo lejos una nube de polvo en el camino. Es un carro que se acerca lentamente y se detiene justo al frente. Se bajan dos mujeres y comienzan a subir la pronunciada ladera; una mujer joven de sombrero, que le resulta conocida y, de su brazo, una religiosa vestida de hábito café oscuro, de aspecto mayor pero ágil y vivaz, con ciertos rasgos mediterráneos. Parecen charlar amistosa y alegremente... Sorprendido deja su escritorio y sale a su encuentro.

Edith Stein: ¡Profesor Heidegger!

Martin Heidegger (*sonríe levemente*): ¡Señorita Stein! Me sorprende su inesperada visita, pero cualquiera sea el motivo, sea bienvenida junto a su acompañante, si gustan conversar sobre viejos problemas filosóficos. (*Entran a su pequeño estudio y se sientan en torno al escritorio*).

¹ EDITH STEIN, *Ser finito y ser eterno*. Ensayo de ascensión al sentido del ser (Burgos, Monte Carmelo, 2007), 587-1200.

Edith Stein: Muchas gracias. Dudé en detenerme, pues no sabía si nos recibiría usted en este nuevo contexto, dado el origen judío de nuestras familias.

Heidegger: A veces no comprendemos a tiempo la magnitud de los acontecimientos...

Teresa de Jesús (*susurra al oído de Edith*): Ah! Brillante respuesta para un genio de la Filosofía.

Edith: Profesor, es un honor ser recibida por usted, en esta bella e incomparable tranquilidad. Me acompaña mi entrañable amiga y maestra de vida interior, la Madre Teresa de Jesús; hemos viajado 18 kilómetros desde Friburgo y nos dirigimos a El Carmelo; el viaje es largo y arduo, el tiempo es corto y difícil, como sabrá; pero, ya que la ruta nos llevó por aquí, no hemos querido pasar de largo sin verle y saludarle a usted, el gran filósofo, que ha dado y dará tanto que hablar y pensar.

Heidegger: Al Carmelo... Perdona si siento cierta decepción de que una señorita tan dotada intelectualmente como usted deje la vida universitaria, pero admiro su determinación... Y sea bienvenida, hermana Teresa. No puede sino resultar de una gran perplejidad para mí, el hecho de que usted suba a esta solitaria colina a charlar con este oscuro profesor de Filosofía.

Teresa de Jesús (*sonríe mirándole a los ojos*): Gracias, los caminos de Dios son insospechados. Perdona si le hemos importunado, veo que escribía... (*mirando una hoja y una pluma*).

Heidegger: He sabido que me propondrán una cátedra en Berlín, pero si eso ocurre, no la aceptaré. Aclaro y escribo por adelantado mi respuesta, mis razones para quedarme, *pourquoi restons-nous en province*. Hablo de la tierra, los campesinos, el arraigo... Es una vida auténtica, original, que merece ser resguardada en su pureza; pero para ello no sirve la mirada objetivante del científico o la información del periodista: lo esencial es volverse desde el modo de conducirse ajeno a ella y dar otra mirada sobre la cosa, esto es, el mundo de los labriegos. Hace falta la mirada receptiva del que siente y puede compartir esa vida, que deje descansar a ese mundo en lo que propiamente es. Este sereno dejar es lo que procuro hacer en esta cabaña, que ha llegado a convertirse en mi morada tanto como las palabras.

Edith Stein: ¿No extraña su casa de Friburgo, sus libros, sus estudiantes?

Heidegger: Este lugar me inspira a escribir. Todo va en sentido contrario a la apurada vida moderna. Frente a la vertiginosa información, encuentro la memoria campesina, cuidadosa, de profunda fidelidad. La relación

humana que va tejiéndose aquí, lentamente, es honda y duradera, pudiendo permanecer toda la vida; no puede compararse con la pobre relación que surge del trato cotidiano, en las funciones laborales o que aparece en los ruidosos medios de información. En esta relación humana campesina adquiere auténtico sentido el ser con otro.

Teresa de Jesús: En cuanto a mí, me bastaría morar en esta hermosa cabaña, si mi Señor Jesús no se empeñara en llevarme siempre de un lado a otro por empedrados caminos, entre fundaciones, obras y cansancios... (*suspirá*).

Heidegger: Tal vez le parecería a usted demasiado estrecho este espacio, de sólo cuatro habitaciones: un estar-cocina, dormitorio, estudio y un lugar de servicio. He leído que usted habita en un luminoso castillo de al menos siete estancias... (*irónico*).

Teresa de Jesús: ¡Oh! ¡Tan conocidos llegaron a ser mis consejillos a las hermanas! (*se ríe*). Es cierto, pero no siempre fue así —sé de pesares y de celda— y, además, no es espacial, sino un castillo interior, del alma.

Edith Stein: El profesor Heidegger no se pregunta por el alma, Madre, ni por su destino, pero sí por la muerte.

Heidegger: Muerte hacia la cual estamos vueltos, fin no sólo de nuestra vida terrena, sino fin de nosotros mismos.

Edith Stein: El ser finito está vuelto hacia su fin y fundamento Eterno.

Heidegger: El ser es temporal, esa es la única experiencia que tenemos. Al hombre sólo le va su ser, su existencia.

Edith Stein: Al ser finito le va su felicidad y su amor, y esto ilimitadamente...

Heidegger: El anhelo de lo eterno, también cae en la nada. Sé que han leído a San Agustín: “Desde que uno comienza a estar en este cuerpo, que ha de morir, nunca deja de caminar a la muerte. Su mutabilidad en todo el tiempo de esta vida (si ésta merece tal nombre) no hace más que tender a la muerte; (...) el tiempo de esta vida no es más que una carrera hacia la muerte; (...) el hombre está en la muerte desde comienza a estar en este cuerpo” (*civ.* XIII, 10). ¿No dice esto el obispo de Hipona?

Teresa de Jesús: Parece que usted hace trampa, no menciona la segunda muerte...

Heidegger: ¿Segunda muerte... vida eterna?... promesas consoladoras para infantes. No las veo, pero sí la ocupación y la temporalidad. Ayer estuve observando largamente a unos campesinos trabajando la tierra;

bajo el sol, entonaban una antigua melodía religiosa tradicional y así continuaron hasta el atardecer, cuando regresaron a su hogar con sus familias; esa faena contiene para mí todo el sentido del ser...

Teresa de Jesús: ¡Qué espantada me trae! ¿No ha encontrado en su campo algún gusano de seda?

Heidegger (*rié*): Más de algún gusano, pero no veo en él lo que usted.

Edith Stein: Y al modo del gusano, el humano es ser para Dios...

Heidegger: Señorita Stein, creo que no llegaremos a buen puerto. Usted insiste en el prejuicio ontoteológico de la trascendencia; yo, por mi parte, prefiero permanecer en el horizonte de la temporalidad y la finitud, únicos que entran en el campo de la comprensión de un ser finito.

Edith Stein: ¿Cómo puede ser patente lo finito sin referencia a lo infinito? (*Silencio*).

Teresa de Jesús: Profesor, ¿me permite decir unas palabras, a mí, mujercita ruin? Usted mencionó mi castillo. En verdad, éste sí está lleno de temporalidad: el paso de una a otra habitación requiere tiempo, a veces toda la vida. Ya adentrarse al interior de los gruesos muros es tarea pesada, pues la puerta para entrar es la oración y la consideración de ante quien se está... Y luego, ir abriendo sucesivas puertas, primero con gran esfuerzo, después con mucha ayuda del cielo. Cada puerta abierta es una lucha que requerirá otra y así, con deseo creciente... Pero lo que encuentra en el centro, ¡la amistad con Nuestro Señor, la unión amorosa con Su Majestad, la herida...! ¡Y las verdades que allí se le comunican, la Santísima Trinidad...! Y la conciencia de la propia pequeñez y el añorar la humildad... Son verdades interiores, profesor Heidegger, pero plenas de certeza inmovible y de grandísima alegría. Y la morada de Jesucristo Nuestro Señor en la propia alma, y la quietud y la paz... Y el olvido de sí y la necesidad de hacer obras por su amor... ¿Pensáis que es poca ganancia?

Heidegger: No es lo que llamaríamos una experiencia común, menos en nuestro tiempo.

Edith Stein: Es la experiencia de los místicos, ¿por qué cerrarse a su verdad?

Heidegger: Una supuesta verdad dicha en un lenguaje algo ininteligible...

Edith Stein: ¿No encuentra usted verdad en el lenguaje poético?

Heidegger: Por cierto... Y quizás sea el lenguaje por excelencia, el originario, el que nombra el ser en su pristinidad.

Edith Stein: En mi opinión, la cuestión no es la ausencia de experiencia o la complejidad del lenguaje, sino la toma de posición respecto al ser. Profesor Heidegger, usted ha cerrado la puerta al ser eterno y para mí esa puerta ha sido definitivamente abierta. De allí nuestra diferencia sobre su sentido (*Silencio*).

Heidegger: Señoras, ¿me disculpan un momento? Debo ir a buscar leña para que no se apague la cocina (*se pone de pie y sale. Ellas le siguen*).

Teresa de Jesús: Señor profesor, ¡hermoso huerto y lindas flores! ¿No le causan ternura? ¿Es usted el hortelano? ¿De dónde saca el agua para regarlo?

Heidegger: Del pozo, con trabajo.

Teresa de Jesús: Tal vez caiga pronto la lluvia...

Heidegger: No creo ni lo espero, porque no es época para ello. Sí, soy el hortelano, como usted dice. Puedo cortar para ustedes unas flores, si lo desean.

Edith Stein: ¡Oh, no! Se marchitarían pronto en nuestro viaje y así, como naturaleza libre, son tan necesarias para el espíritu. ¿No piensa, profesor, que este lenguaje sí nos habla a todos? Es la fragancia de la vida, los colores de la renovación...

Heidegger: Ciertamente. Por eso debemos dejarlas descansar en su ser, sin provocarlas ni exigirles.

Teresa de Jesús: “*Gustate et videte quam suavis est Dominus*”². Bella tarea tenéis por delante, hijitos míos: usted, señor profesor Heidegger, enseñar a las generaciones futuras la actitud serena de quien contempla lo que es, dejándolo descansar en sí mismo, en su misterio; usted, hija mía, señalar el camino a los pensadores y pensadoras que vendrán, de modo que puedan elevar la mirada desde lo que es hacia su verdadera fundación... Y tal vez se anime más allá, a unirse en amor a Él...

(*Caminan por algunos senderos del bosque, recogen leña y luego regresan. Hacen ademán de entrar, cuando suenan campanadas de una iglesia*).

Teresa de Jesús: ¡Mediodía! Hija, se hace tarde y ya hemos abusado del tiempo del profesor. Continuemos nuestro camino.

Heidegger: Les acompañaré. (*Salen y bajan con cuidado. Teresa de Jesús se toma del brazo de Heidegger. Ante el carro, se despiden*).

² Sal 34, 9.

Teresa de Jesús (*se devuelve y entrega algo a Heidegger*): Profesor Heidegger, gracias por enseñarnos su bella cabaña de madera, que me ha dado contento; ojalá venga usted a Ávila alguna vez y pueda yo mostrarle mi morada. Reciba esta imagen de Nuestra Señora en gratitud. Por favor, no se olvide de esta mísera alma y ore por mí.

(El carro se aleja. Heidegger, a la distancia, lo ve desaparecer y se vuelve a casa).

Teresa de Jesús: Entonces, querida Edith, qué somos, dónde mora nuestra alma, ¿Dasein o Castillo interior? ¿Qué dices?

Edith Stein: No hay opción, Madre, cuando uno se ha encontrado con Cristo. Gracias por venir conmigo.

Pamela Chávez Aguilár

pchavez@uc.cl